

EL FUTBOL DE LA ERA GLOBAL

DANILO TRELLES

Sería ingenuo pensar que los episodios bochornosos que se han registrado en los últimos tiempos en diversos campos del deporte, son ajenos a los problemas que afectan a la situación general del mundo. El sistema global, cuya implantación afecta no solo a la economía, la política y los sistemas sociales, se ha infiltrado en las costumbres, las relaciones humanas e incluso, también en el deporte.

He leído con bastante frecuencia en la prensa española en los últimos tiempos denuncias documentadas acerca del estado de corrupción que se vive en el fútbol. No debería asombrarnos por lo tanto que, a esta altura de la situación, trasciendan la historia de los negociados a través de los cuales han crecido las fortunas de sus dirigentes, por cuanto todo esto forma parte de un sistema político que los promueve y los protege. Estos personajes que llenan los espacios de los periódicos, de la radio y la televisión, han hecho fortunas a través de procedimientos mafiosos, progresando no solo en la escala social y política, sino demostrando en sus intervenciones públicas, una falta de sentido moral y de educación, absolutos.

Para nadie es un secreto que tendencias políticas asumen estos señores, a veces tan impresentables que avergüenzan hasta sus propios líderes, que eluden toda relación con ellos, no obstante facilitarles, por otros caminos toda clase de candongas y negociados. Son racistas desenfrenados – han llegado a insultar a sus propios jugadores por el color de su piel o simplemente por su nacionalidad de origen. Han estimulado el desarrollo de bandas que concurren a los partidos no para ver un espectáculo deportivo, sino para dar rienda suelta a sus más bajos instintos. Los triunfos de sus equipos se festejan amenudo destruyendo o ensuciando los monumentos públicos, en peleas a navajazos y cachiporras, en actos encabezados por sus propios dirigentes, en los cuales la tónica no es la alegría por los sucesos de sus equipos, sino la exaltación de la violencia y el desenfreno de sus más bajos instintos. Todo esto se produce en medio de un clima autoesculpatorio al punto de que un atentado en medio de estas violencias, no es juzgado con la misma vara de un episodio policial común.

Sin duda esta situación es la consecuencia de un estado de cosas en que el deporte ha dejado de ser un espectáculo de sana competencia, para transformarse en un sucio negociado donde proliferan los procedimientos que predominan hoy en las sociedades de consumo. La finalidad es aplastar al adversario a cualquier precio, ya sea destrozándole las piernas, tratando de alejarlo de las competencias el mayor tiempo posible, o “robándoles” a los clubes sus mejores figuras mediante procedimientos deshonestos, que nada tienen que ver con prácticas deportivas. Cada club posee ahora funcionarios especializado destinados a descubrir futuras estrellas. Se trata de identificarlos a ojo ya que el sistema no ha alcanzado todavía un grado de sofisticación que permita ciertas garantías con relación a la selección de las figuras a contratarse. En este sistema proliferan además los “contratistas”, una especie que se desarrolla desde hace tiempo y cuyas funciones son las de ejercer de intermediarios entre los clubes y las futuras estrellas. Muchos de ellos funcionan al margen de las disposiciones legales. Se ha denunciado recientemente que, aprovechándose de que los clubes en los países del Tercer Mundo son considerados como asociaciones civiles y por lo tanto se amparan en un régimen de liberalización de impuestos, los contratistas se aprovechan para utilizarlos como intermediarios en la contratación de grandes figuras. Asombraría conocer, por ejemplo, que Maradona fue transferido al Nápoles desde un club de segunda división de Uruguay (Central

Español) y los mismo ocurrió en el caso de Ze Roberto transferido al Real de Madrid desde el mismo club de Montevideo el 21 de Marzo de 1997.

Naturalmente por esta intervención los pequeños clubes reciben de los contratistas insignificantes comisiones, a cambio, por supuesto, de facilitar la evasión de impuestos. Cuando se manejan sumas tan importantes como las que se anuncian cada temporada, se tiene una idea de los millones que se estafan a los erarios públicos de los países más pobres del mundo.-

Todo esto ocurre con la aprobación tácita de la FIFA (Federación Internacional de Fútbol Asociado), que debería controlar a los contratistas que funcionan con unas licencias que ellos les otorgan y que permite la práctica de estos procedimientos. Pero esto sin duda no es lo mas grave, sino apenas flecos de una situación mucho mas escabrosa.

Los clubes de fútbol son ahora organizaciones comerciales propiedad de individuos privados (Caso Berlusconi con el Milán de Italia o Agnelli con el Juventus), industriales como el Parma propiedad de Parmalat, también de Italia o sociedades anónimas como gran parte de los clubes españoles. En esta situación es lógico que los procedimientos comerciales desborden todas las reglas de ética que deberían presidir cualquier deporte.

En este cuadro, la FIFA ha ido mas lejos todavía. En permanente simbiosis con los acontecimientos mundiales, ha servido de vitrina a las causas más execrables. En 1934, la Copa del Mundo tuvo lugar en Roma en un campo que se llamaba entonces Estadio Fascista. El afiche oficial mostraba un futbolista haciendo el saludo fascista. El presidente de la Federación Italiana de Fútbol, general G. Vaccaro declaraba en las instancias inaugurales: "La finalidad última de esta manifestación será mostrar al mundo lo que es el ideal fascista del deporte".

En 1938, la Copa del mundo tuvo lugar en Francia. En Austria, el Anschluss había sido consumado y la FIFA legalizó la situación aceptando que la selección alemana fuera integrada con jugadores austriacos. De esta manera la FIFA oficializaba la anexión de Austria, legitimando la política agresiva, racista y antisemita de los fascistas.

En 1942, la FIFA había preseleccionado a Alemania para organizar la Copa del Mundo que, al final, debió cancelarse por la guerra.

En 1962, la Copa del mundo fue organizada en Chile, un país dirigido entonces por una oligarquía estable, cuyo factor dominante no era por supuesto la democracia.

En 1970 México organizó la Copa del Mundo, pese a que en 1968 centenares de personas habían sido masacradas en la Plaza de Tlatelolco y una campaña internacional aconsejaba la cancelación de los juegos por el clima de violencia que se había apoderado del país.

En 1977, la URSS debía enfrentarse a Chile para decidir que equipo participaría en los próximos juegos. Después del golpe de Pinochet y de la transformación del Estadio de Santiago en un campo de concentración, los rusos consideraron una afrenta que se realizara allí un encuentro de fútbol y rehusaron que el partido se realizara en esas condiciones. La FIFA no se planteó problemas morales: excluyó a la URSS y seleccionó a Chile para participar.

1978 fue el año de Argentina. Centenares de millones de dólares fueron invertidos por la Junta Militar presidida por Videla, mientras más de 30.000 personas eran torturadas y asesinadas en las prisiones de la dictadura. A pesar del boicot decretado por un Comité

3

Internacional, la FIFA confirmó los juegos y aprobó las medidas de seguridad adoptadas por Videla

Al margen de estos ejemplos, tomados a vuelo de pájaro, sin duda en el seno de la organización a través de los responsables o de quienes los respaldan, existe una conciencia claramente definida en el aspecto político, difícilmente identificable con cualquier propósito de exaltación del deporte, finalidad esencial que debiera definir las actividades de la FIFA. Pero veamos otro aspecto de la cuestión que ayuda a definir, mejor que nada, cuales son los propósitos que animan a la organización. Es el capítulo de las cuentas.

Las cuentas de la FIFA son un secreto bien guardado. No pueden evitar sin embargo que, a veces, se planteen problemas. Después del Mundial de México, que ganó Argentina, Maradona que había recibido como todos sus compañeros 35.000 dólares por su contribución al triunfo, reclamó que el presidente de la FIFA, Joao Havelange explicara adonde irían a parar los millones de dólares que la FIFA obtendría por el Mundial de Italia. Las respuestas fueron esta vez bastante amplias. Por lo pronto había un contrato que cubría la realización de los próximos tres torneos: el de Italia (1990), el de Estados Unidos (1994) y el que acaba de terminarse en Francia (1998).

El Consorcio Internacional de Televisión pagaría a la FIFA, 150 millones de dólares por los derechos de esos tres torneos en tanto que la firma ISI-Adidas abonaría 600 millones por los derechos de publicidad estática de todos los estadios, la explotación de la película oficial, derechos de video, símbolos y mascotas. Claro que las cuentas no fueron tan sencillas. Italia rompió con la regla de oro y llegó a un acuerdo a través del Comité Olímpico local (COL) para no quedar fuera del negocio. Así quedaron por un lado los sponsors oficiales del torneo contratados por ISI-Adidas: Anheuser-Busch, Alfa Romeo, Canon, Fuji, Coca-Cola, Gillette, JVC, Mars, Phillips y Vini de Italia. Cada una de estas diez firmas pagaron 12 millones de dólares por el programa "Intersoccer" (que incluía los tres mundiales de la época.) aunque no quedó del todo claro en que forma la FIFA y la ISI se habían repartido el botín.

En segundo lugar estaban los ocho sponsors oficiales del COL, todas empresas líderes italianas, cada una de las cuales pagó seis millones de dólares: Alitalia, Banca Nazionale del Lavoro, Inas Assitalia, Ferrovie dello Stato, Fiat, Olivetti, Stat y la RAI.

Había luego un tercer grupo de empresas gestionado por ISI, Productos y Servicios Oficiales, que no podían poner carteles de publicidad dentro de los estadios y cada uno de los cuales pagó 2,2 millones de dólares.

Como si todo esto no alcanzara, fuera de las estructuras oficiales se creó un sexto nivel de sponsors denominado Amigos del Mundial. Funcionó solamente en Italia y consistió en la prestación de servicios para personajes VIP y veinte aterrisajes de helicópteros en partidos claves para realizar entrevistas, por los cuales Telemontecarlo pagó 8 millones de dólares.

Las respuestas a Maradona fueron bastante explícitas. Lo que no se aclaró nunca sin embargo fue como se había repartido aquel inmenso pastel. Mencionaron si el hecho de que las críticas a la FIFA, no se acordaran del capítulo de los gastos que alcanzaban, solo para el mantenimiento de las delegaciones, la suma de 120.000 dólares diarios.

Sin embargo, para abaratar los costos ya entonces se tomaron medidas prudenciales. En el futuro los torneos mundiales se limitarían a 24 participantes en lugar de 32 y los partidos, en caso de empates, se definirían por penales, una solución, como opinan jugadores y

profesionales muy cercana al azar y con muy poca relación con lo que es estrictamente deportivo.

Hay un último aspecto que desearíamos mencionar y es el apaño de los sorteos ya que normalmente los partidos se deciden mediante este procedimiento. Pero en la FIFA las leyes del azar desafían las matemáticas. Toda la astucia consiste en saber a cuales equipos hay que favorecer para asegurar un mejor desarrollo de los torneos. El primer punto es definir las cabezas de serie. Ellas tienen un inmenso privilegio: enfrentar al comienzo de la competencia a los equipos más débiles. Las cabezas de serie están así casi seguras de ganar y los más débiles, de perder. A fin de facilitar el éxito económico del torneo, lo fundamental es evitar que los grandes equipos compitan entre sí en las etapas de clasificación.

Aunque esta nota podría extenderse pues quedan muchos problemas por comentarse, no quisiéramos cerrarla sin una mención expresa al tema de los jugadores.

Como se ha demostrado la finalidad esencial del espectáculo del fútbol es el lucro. Para estimularlo las competencias se han multiplicado. Los jugadores deben afrontar ahora hasta tres partidos semanales a veces interpolados por viajes de miles de kilómetros de distancia. Descienden de los aviones muchas veces directamente a los estadios y retornan precipitadamente para llegar a tiempo al próximo encuentro.

Los dirigentes, que manejan este negocio, no tienen en cuenta que un largo viaje, exige un periodo de adaptación que, en las personas normales necesitan a veces varios días. Se agregan además las lesiones y el estrés lógico que provocan los partidos. Ningún argumento parará los pies a estos magnates del fútbol. Necesitan "las estrellas" para que el estadio esté repleto, aunque sobre el césped 22 agotados jugadores deambulan acosados por los rugidos de los fanáticos que les exigen la piel del adversario. Son las reglas de este turbio negocio de la era global.
